



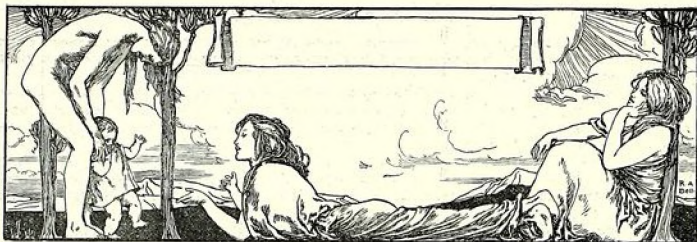
MARIA REGINA REYES

BARCELONA, 30 MAYO 1909

Ayuntamiento de Madrid

25 CÉNTS.





## LA SEMANA

Ya tenemos las Cortes abiertas, lo cual, si á primera vista puede parecer un fausto suceso, mirándolo mejor resulta un perjuicio para el país.

El funcionamiento de las Cortes supone, en efecto, un despilfarro de caramelos y azucarillos, y lo que es más sensible, un derroche de papel de todas clases, pero más especialmente del que sirve para imprimir el *Diario de Sesiones*. Y téngase en cuenta que el papel anda ahora por las nubes.

Agréguese á esto el gasto de gas, ó electricidad, el franqueo de la correspondencia, etc., etc., y se verá que la suma invertida en ambos *Cuerpos colegisladores* asciende á una respetable cantidad, que podía provechosamente emplearse en cosas más útiles, por ejemplo, cocinas económicas, hospitales ó socorros domiciliarios.

Fuera de los que van allí á escuchar á las cabezas parlantes, nadie podrá decir que haya servido de nada el Parlamento; ya se sabe que las Cortes han de aprobar todo lo que el gobierno diga, por lo cual resulta enteramente inútil discutir nada.

Tal vez lo haya entendido así D. Joaquín Costa, que á pesar de sus tres actas parece tiene que marcharse á Suiza, á restablecer su salud.

El Sr. Costa tiene la desgracia de que cuando se requiere su presencia en Zaragoza ó Madrid se halla en Manzanares, ó bien se ve obligado á respirar los aires de la tierra de Guillermo Tell en cuanto llega el momento de tener que sentarse en *los rojos escaños* del Congreso. Sin embargo, no hay duda en que como orador raya á grande altura.

En Barcelona ocurre una cosa por demás eternamente deplorable. Poseída súbitamente la clase rica de un amor vehementísimo al teatro español,—desde Lope á Echegaray,—ha copado el abono á las funciones de la compañía Guerrero Mendoza, quedándose sin palco, ni siquiera butacas, varias docenas de familias, que deseaban admirar las bellezas de *La Niña boba* ó las grandiosas escenas montgolfieras de *La escalinata de un trono*. Queda, pues, rotundamente desmentida la especie de que nuestra plutocracia brille por su absoluta falta de ilustración. Lo que hay es que si deja desierto el teatro cuando viene un Zaccani, y prefiere mercar cromos que pinturas (como no procedan de los talleres en que se fabrican los cuadros para salón) y brilla por su ausencia en los conciertos, y no compra ningún libro, y no dá un céntimo para obras de caridad es porque desde su punto de vista inmensamente elevado juzga indigno de su protección cuanto no esté á la altura de unas creaciones tan prodigiosas como *La Bohème*, del Liceo ó *Mariana*, que deberá de representarse á no tardar en Eldorado, y encuentra más justificado ayudar á la construcción de un nuevo templo que no fomentar la holgazanería de los que dicen no tienen que comer.

Jasto es decir, sin embargo, que la plutocracia barcelonesa no hace ni más ni menos que lo que hace la aristocracia madrileña, de la cual, entre setecientas invitaciones para una suscripción caritativa, solo pudo obtener el señor alcalde cinco respuestas. Eso es lo digno, y no lo que hacen la aristocracia inglesa, los archimillonarios americanos y las damas de la *haute parisiense*.

Como era de esperar, apenas lanzados á la velocidad de 134 kilómetros por hora los *taf tafs* de la carrera París Madrid comenzaron á ocasionar desgracias, registrándose en un santiamén ocho ó nueve muertos y una porción de heridos. El gobierno francés hubo de prohibir en su vista la continuación del espectáculo. La suerte ha sido que la idea no ha partido de nosotros, pues si por culpa nuestra llegan á romperse la crisma nueve ó diez franceses á buen seguro que nos hacían pagar tan crecida indemnización que nos habían de quitar las ganas de ir por otra.

ARGOS

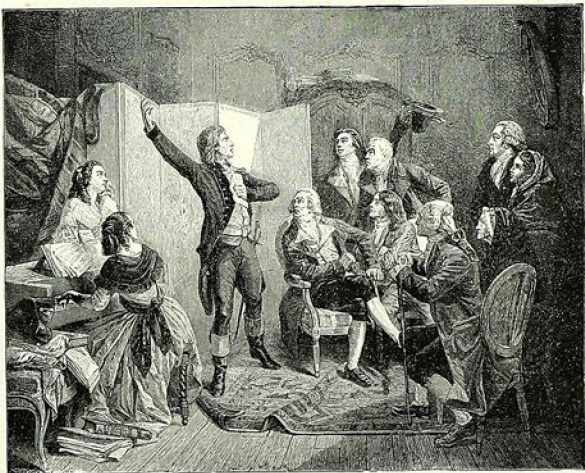


## LA MARSELLESA

No es menester referir en que circunstancias y como por una inspiración del genio, surgió el himno inmortal de la República Francesa; canto de gloria y grito de muerte, que reconforta á la patria y hace palidecer á los ciudadanos.

Corría el invierno de 1792. Reinaba el hambre, ó poco menos, en Estrasburgo. En la casa del alcalde, barón de Dietrich, noble alsaciano, la mesa era tan frugal como en la morada más humilde. Allí acudía asiduamente un joven oficial de ingenieros, de guarnición en la capital, llamado Rouget de l' Isle, hijo de Lons-le Saulnier, en el Jura.

Era un soldado valiente, un patriota enérgico, pero al mismo tiempo se distinguía por sus peregrinas dotes de poeta y músico. Un día que en casa de Dietrich no se había podido comer más que pan de munición, el buen alcalde, entristecido, dijo al joven oficial: «Tengo en mi bodega una botella de



ROUGET DE L' ISLE ENTONANDO POR PRIMERA VEZ LA «MARSELLESA»

vino del Rhin; la última que queda. Dentro de pocos días debe celebrarse en Estrasburgo una fiesta patriótica. Es menester que Rouget saque de estas últimas gotas uno de esos himnos que llevan al alma del pueblo la embriaguez de donde han brotado.»

Aplandieron las mujeres, trajéronse vasos, y apuraron Dietrich y Rouget la botella. La noche era glacial. Retiróse el joven á su alojamiento, buscó ora en su clavicordio, ora en su alma de ciudadano, la inspiración anhelada, la letra y la música, pero de tal manera se agolparon ambas que no sabía de l' Isle como separarlas. Lo cantó todo, pero no escribió nada, y quedóse profundamente dormido sobre el instrumento.

Al despertar creyó que había soñado; costábase trabajo recordar, pero, por fin logró que reapareciera, entero y total, el himno; lo escribió y fuese corriendo á casa de Dietrich, á quien encontró cavando en la huerta; febril, impaciente, fué á despertar á la señora del alcalde patriota, llamó á algunos amigos; una de las jóvenes acompañaba á Rouget en el canto. A la primera estrofa palidecieron todos los rostros; á la segunda, corrían las lágrimas de todos los ojos. A las últimas estalló delirante el entusiasmo. Todos se abrazaron llorando: ¡ya se había encontrado el canto de la patria!

El nuevo himno, ejecutado pocos días después en Estrasburgo, voló por toda Francia. Los marseleses lo adoptaron para ser entonado al principio y al final de cada sesión de sus clubs y lo propagaron por pueblos y ciudades, al cantarlo en su marcha á París, de donde el nombre con que fué luego conocido.



# VENGANZA

Don Rómulo era usurero por vocación y por herencia. Su padre y su abuelo habían ejercido el oficio desde que nacieron y él, educado en tan buena escuela, se dedicó a dejar sin un cuarto y sin sitio para caerse muertos a sus conciudadanos. Todo cuanto abarcaba la vista desde la torre de la aldea y mucho más que oultaba un altozano en aquel paisaje de Castilla era de D. Rómulo.

Todo hasta las aguas de un arroyo, puesto que nadie más que él podía utilizarlas. Aunque era tan rico, tenía gustos mezquinos. Para él los tesoros no servían más que para mirarlos y para recrearse con la idea de la posesión.

Apreciaba más la vida de sus animales que las de sus hijos y su único dolor a la muerte de ellos era el que le proporcionaba pagar la cuenta del entierro.

A pesar de ser tan malo, tan seco de corazón y tan sin entrañas, a este hombre le amaba un ser infeliz: su esposa.

Su esposa nunca había recibido una caricia del usurero, nunca hubo fiestas en su espíritu, pero le amaba primero no sé por qué, luego porque era el padre de sus hijos.

Le amaba como un perro fiel, y velaba por su seguridad como una loba por sus lobeznos.

A D. Rómulo nadie le veía en el pueblo ni a diez leguas a la redonda sin maldecirle.

Era el hombre negro que no tenía amigos.

Sólo maldiciones despertaba su paso.

Una vez le llevaron a casa medio muerto de un trabucazo, pero como era de la piel del diablo, sanó.

Sanó y siguió arrancando a sus prójimos hasta el pellejo.

Pero como todo llega, tam bien llegó la maldición de Dios sobre la cabeza de aquel hombre, pésimo entre los malos.



Un día enfermó. El médico vió claro que se trataba de una enfermedad gravísima.

El gran usurero, el príncipe de tantos cientos por ciento padecía una grave enfermedad de corazón, que cualquier día, porque la enfermedad llegara a su término ó por cualquiera emoción profunda, don Rómulo moriría de pronto sin tiempo de decir ¡ay!

La nueva llenó a todo el pueblo de alegría.

Iba a morir el villano, el vampiro.

Una de sus víctimas desde el momento que supo el estado de D. Rómulo comenzó a fraguar su venganza.

Había oído que una emoción profunda concluiría con la vida del que le había dejado primero sin tierras y luego sin pan y se propuso ser él quien le diera el pase para la otra vida, hiriéndole de muerte en el punto sensible: en su amor al dinero.

Un día, él, que nunca había sido ladrón, se dió maña para robar a D. Rómulo una importante cantidad en onzas de oro.

El usurero uno de los únicos placeres de que gozaba en buena salud era el recantar su tesoro, ahora que se encontraba atado á un sillón por imposibilidad física, su placer lo ajustaba más á menudo.

Cuando la infeliz esposa, la perra de D. Rómulo, se enteró del robo no lloró las onzas perdidas; pero se horrorizó al pensar que su marido moriría como si un rayo le cayera encima si llegaba á enterarse de la pérdida de su tesoro.

¡Cuantos esfuerzos hizo y que maravillas de habilidad empleó para que el usurero no supiera nada de lo sucedido!

Como la costumbre puede tanto ya tenía olvidado D. Rómulo su placer favorito.

El «buen ladrón» que no era tal sino asesino, no se había aprovechado del tesoro ajeno, lo escondió y allí lo dejó sin ocuparse de él, esperando á que el causante de sus males muriera, mas enterado de que el robo le había sido ocultado propúsose acabar la historia en un día.



Y así fué muy de mañana, presentóse en casa de D. Rómulo pretextando hablar al dueño de una hipoteca que hacía tiempo había hecho.

La mujer de aquel hombre tan malo no le dejaba á sol ni á sombra, pero tal maña se dió el vengador, que para buscar unos documentos, tuvo que salir unos instantes.

Entonces el hombre aquel que jamás había robado dijo:

—Don Rómulo, se dice por ahí que D.<sup>a</sup> Ruperta, su esposa, ha puesto á buen recaudo sus talegas de onzas.

Don Rómulo quedó petrificado.

•••

Al poco rato salió el hombre, víctima del usurero.

Don Rómulo pidió á su mujer que inmediatamente le trajera el tesoro.

Dió la infeliz una excusa, montó frenético en cólera y con esfuerzo súbito se levantó para buscarlo; vió palidecer á su mujer, y vió sus ojos llenos de espanto y leyó en ellos la pérdida de su tesoro.

Entonces sobrevino la muerte, rápida como una corriente eléctrica.

Al otro día un sacerdote devolvía á la desventurada esposa el perdido tesoro que le había sido entregado bajo el secreto de la confesión.

TOMÁS CARRETERO

(Dibujos de Rojas)



## LOS GRANDES ARTISTAS DEL SIGLO XIX

El nombre de este admirable artista constituye hoy uno de los títulos de gloria de que más se enorgullece Francia. Ser la patria de Millet es un honor tan envidiable como el serlo de Hugo, de Renán ó de Pasteur; Millet representa toda una época, un jalon en la historia del arte. Sin embargo, nunca pudo decirse con mayor verdad aquello de *à buena hera mangas verdes*, por no emplear una expresión más cruda.

Nació el pintor de *El Sembrador* en Gruchy, pueblo cercano á Cherburgo el año 1814, de una familia de labradores. Según la costumbre normanda fué educado por su abuela—los padres harto tenían que hacer en el campo—pero en vista de que el chico tenía grande afición al estudio se le envió al liceo, donde pronto se reveló como un latinista de primera fuerza, aunque un tanto exclusivista en sus aficiones, pues prefería á todo la Biblia y Virgilio.



JUAN FRANCISCO MILLET, retrato por el mismo; grabado de Carter

Ya en plena juventud trasladóse á Cherburgo, para entrar en el taller de un pintor llamado Meruel, pero Millet, al parecer, hacía muy poco caso del maestro, y se fijaba, para aprender pintura, en los vaciados de las estatuas de Fidias, de igual manera que andaba engolfado en la lectura de Homero en vez de dedicarse á la literatura de M. de Chateaubriand. Millet dejó, como recuerdo de su paso por Cherburgo, algunos cuadros murales en la iglesia de la Trinidad, obras de encargo, pero en las cuales se puede ya ver asomar la garra del maestro. Por fin pudo Millet realizar su sueño dorado: ir á París, donde llegó el año 1837. Corrió todos los museos, y si se embesababa ante Fra Angélico de Fiésolo, el Pasino, Lesueur y Delacroix, no podía en cambio disimular el disgusto que le causaban Watteau y Boucher, poles opuestos al de su inspiración. Ingresó en el taller de Paul Delaroche, pero incapaz de soportar parcialidades ni de andar metido en intrigas se disgustó con él, y se marchó al lado de Delacroix. El pobre Millet se casó en 1841 con una paisana suya de Cherburgo; todo eran escaseces, y á despecho de su repugnancia no tuvo más remedio que dedicarse á pintar ninfas y pastorcillos,—género Watteau y Boucher,—y á hacer retratos á veinte francos.

Ahogábase Millet en aquella atmósfera y se largó á Barbizon, que era entonces un fermentido lugar.



rejo. Alquiló una cabaña en lo más intrincado del bosque de Fontainebleau, y allí pudo dar libre rienda á sus inclinaciones nativas; el payesito de Gruchy se hallaba á sus anchas pintando gañanes, recolectoras de patatas, sembradores, destripa-terrones de toda suerte. En 1855 llevaba el *Angelus* á la Exposición. El Jurado de admisión le dió con la puerta en las narices, y los *sabios* críticos de arte lo encontraron frases bastante duras para anatematizar á aquel pintamonas, autor de tales adeseos. El público á su vez prorrumplía en un grito de reprobación contra el *artista* que se atrevía á exponer ante sus ojos unas figuras tan feotas. El pobre *Angelus*, pues, desechado, silbado, poco menos que escupido iba ya á regresar á la choza de Barbizon cuando un inglés (inglés tenía que ser!) se lo compró á Millet por dos ó trescientos duros, no volviendo en sí del asombro el bueno del pintor.

El *Angelus* fué adjudicado hace algunos años en 500,000 francos, para un museo de Nueva York, y rescatado de allí, para figurar en el Louvre, por monsieur Chauchard, en 600,000 francos. Pero ni la viuda ni los hijos de Millet vieron un cuarto de la tal puja.

La influencia de Millet ha sido inmensa, reconociéndose, cuando ya no tenía ya remedio la cosa, que debía ser contado entre los grandes maestros de todos los tiempos. Entonces se descubrió el famoso *gesto augusto del Sembrador* y se echó de ver el hondísimo sentimiento religioso en que rebosa el *Angelus*. Millet había creado un nuevo y noble contorno de la figura humana, encarnada en sus humildes campesinos, pero este contorno no era convencional ni menos imaginario; era el resultado de la continua contemplación de las esculturas de Fidias, vaciadas en yeso, que eran el único material de estudio que tenía en su destartado taller.

Y á la verdad, menester era la paciencia de un santo para aguantar aquella existencia de trabajo y privaciones que arrastraba el grande artista; compréndese que *sintiera* la vida del gañan por lo que le ocurría también á él; sus hijos no podían ir á la escuela por no tener zapatos ó por no poder pagar la mensualidad. Los cuadros, vendidos á vil precio, apenas daban para comer de la manera más frugal. Millet, sin embargo, no se quejaba nunca, y retirado en su casucho se enteraba sin envidia, ni celos, de los precios exorbitantes á que se pagaban los Cabanel, los Messiaenier, y tantos otros, tan terriblemente maltratados hoy.



YENDO AL TRABAJO, cuadro de Millet; grabado de Carter





Si una vez he delinquido,  
fué por el hambre impellido  
y me sirvió de acicate  
mirar el escaparate  
de un restaurant bien surtido.

Es muy gentil tu figura  
y aunque admiro tu hermosura,  
¿cómo tolerar con calma  
que me digas que eres pura  
si tienes manchada el alma?

Si al sentir los latigazos  
con que me hostiga el deseo  
compro fáciles abrazos,  
cierro los ojos y creo  
que me encuentro entre tus brazos.

Según mi pobre entender  
la mayor dificultad  
que en el mundo puede haber  
es hallar una mujer  
que confiese su fealdad.

Como lema, un Centro obrero  
ostenta este letrero:  
«Todo lo vence el trabajo.»  
Y uno escribió por debajo:  
pero más puede el dinero.

MAMERTO PÉREZ SERRANO

### GOTAS

Después de mucho hojear  
de Ripalda el Catecismo,  
no he conseguido encontrar  
una virtud ejemplar  
que se oponga al egoísmo.

Para que la raza humana  
se acuerde de mí mañana,  
he de seguir el ejemplo  
de Herostrato si hallo un templo  
como el templo de Diana.

¿Qué una mujer le empujó  
y que á su deber faltó...?  
La historia no es cosa nueva:  
eso mismo sucedió  
en tiempos de Adán y Eva.

Un astrónomo eminente  
predijo que ocurriría  
un eclipse cierto día.  
¡Aquel que precisamente  
murió la que me quería!

Antes de escribirlo yo,  
Séneca ya nos dijera:  
lo que más se deseó  
en poco se considera  
después que se consiguió.







LA BACANTE, acuarela de John Colher





—Mamá, las ocho,—dijo Conchita, señalando con el índice de su mano derecha las agujas del reloj despertador que había sobre la mesilla de noche.

—Las ocho, mamá,—repitió Rosalía.

—Mamá, en punto,—añadió Eloísa.

—En punto, mamá,—agregó María de los Angeles.

—¡Ya lo veo niñas, ya lo veo!—dijo D.<sup>a</sup> Pelagia, levantándose de la silla.—Cenaremos solas, ya que vuestro padre olvida los más sagrados deberes.

—Habrá salido de la oficina con algún amigote y... ¡no quiero decirle!—observó Conchita.

—¡Sí, como si lo viera!—murmuró la mamá.—Hoy es día 1.º, ha cobrado la paga y no se acuerda del tendero, del sastre, de la modista, del carbonero...

—¡De nadie!—concluyó Rosalía.

—Apuesto la cabeza,—dijo Eloísa,—a que está con la pandillita de toreros en algún colmado.

—¡Y borracho perdido, no te quepa duda!—añadió María de los Angeles.

—¡A cenar!—gritó D.<sup>a</sup> Pelagia cortando la conversación.

Las cuatro niñas se sentaron en torno de la mesa.

Durante algunos minutos no se escuchó más ruido que el de las cucharas al chocar en los platos y el incesante maullar de un escuálido gato que pedía en vano su ración.

Terminó la cena.

—¡Esto no es comer!—dijo la madre.

—¡Ni vivir!—agregaron las niñas.

—Hay que pensar en algo para salir de esta miseria.

Sonó un campanillazo, María abrió la puerta y entró el esposo de D.<sup>a</sup> Pelagia tambaleándose y cantando:

«Te quiero, te quiero,  
y en mi querer nadie manda...»

—¡Sinvergüenza!—gritó la mujer enfurecida.

—¡Buen recibimiento!—exclamó el aludido.

—¿Dónde está la paga?—preguntó la señora hecha una furia mientras las hijas formaban detrás de ella en columna de combate.

—Aquí,—respondió González.—¡Toma!

Y arrojó sobre la mesa nueve duros.

—¿Y los trece que faltan?

—Te diré, mujer, no te alteres. Al salir de la oficina tropecé con el *Maera chico*. Que quieras que no me obligó a entrar en la taberna y vengan unas cañitas y denos *usted* otras, etc., se enredó la cosa. No faltó quien metiese la pata y no tuve más remedio que intervenir para apaciguar la bronca. Lo tenía todo arreglado y para marcharme pregunté al tabernero: ¿Se ha faltado a alguien?... —A nadie,—me contestó.—¿Se debe algo?—pregunté de nuevo:

—Una buena *voluntad*,—dijo.

Dí media vuelta para salir, cuando oigo que el *Maera chico* grita arrojando un duro al mostrador: —Pues danos otra ronda.

¿Qué querías que hiciese?... ¿Marcharme?

—¡Eso es lo que vas a hacer! ¡Y ahora mismo!

D.<sup>a</sup> Pelagia abrió la puerta, y auxiliada por



las niñas arrojó violentamente por la escalera al infeliz González.

Madre e hijas quedaron solas.

Reinó un silencio sombrío.

—Y ¿qué hacemos ahora?—interrogó Eloísa.

—Muy sencillo,—respondió la mamá.—¿No quiere vuestro padre cuernos? Pues tendrá cuernos. ¿No decís vosotras que os gustan los toros? Pues os dedicaréis al torero.

—Yo,—dijo Conchita,—me comprometo a matar con mayor guapeza que *Machaquito*.

—Y a mí,—añadió Rosalía,—no hay Miura que me espante.

—Pues Angelita y yo,—agregó Eloísa,—bande-rilleamos lo que nos echen por delante.

—No hay más que hablar,—interrumpió doña Pelagia.—Ahora mismo me voy a ver al empresa-



rio de la plaza de toros y poco he de poder ó el domingo próximo toreais. Yo seré vuestro representante.

La esposa de González comenzó á desandarse y en menos tiempo del que se tarda en rezar un credo, se quedó en el traje que según la *Biblia* solía usar nuestra madre Eva en los días de moda.

—Venga el terno de chulo de vuestro padre.

D.<sup>a</sup> Pelagia fué obedecida.

Se lo vistió. La chaquetilla le estaba una mijita estrecha, pero el pantalón en cambio le sentaba admirablemente, pues como González era muy



abultado de barriga, su esposa se lo plantó al revés, y así pudo cubrir las formas posteriores de la mejor manera posible.

—Traedme las tijeras,—dijo después,—y cortadme el pelo al rape, cuidando de dejarme una bonita trenza en la coronilla para hacerme la coleta.

Todo se cumplió como ella deseaba.

Se fué á la percha, cogió el sombrero más flamenco de su esposo y, cubriéndole la cabeza, dijo:

—¡A la paz de Dios!

Las niñas salieron á la escalera á despedir á su madre, que se lanzó á la calle moviendo las caderas y arrastrando los pies como hacen los maletas de la calle de Sevilla.

Esperando el regreso de D.<sup>a</sup> Pelagia las hijas se entretuvieron en simular estocadas y lances de capa frente á una cabaza de toro enclavada en la pared, regalo que hicieron á González el día de su santo los socios del club taurino.

Regresó la madre.

—Todo está arreglado,—dijo.—El domingo li diaréis cuatro becerros de la ganadería de Arroyo y cobraremos dos mil pesetas.



—¡Viva el arte!—gritaron las mocitas.—¡Vivan las toreras de sangre!

.\*

Todas las localidades de la Plaza se habían vendido. Presentaba un aspecto imponente.

La tarde era hermosa y el sol espléndido.

Salió el alguacillito y la cuadrilla hizo el desfile.

La muchedumbre ensordeció el espacio con sus vivas y aplausos.

Rompió plaza el primero de la tarde, cárdeno bragao y corni corto.

Rosalía le echó un capote y cayó al suelo. No hizo el toro por ella y se libró de un perance.

El público se dividió en dos bandos; uno que aplaudía con entusiasmo y otro que silbaba á rabiar.

Entre este último figuraba González, que ocupaba un asiento del tendido n.º 2.

—¡Fuera ese murciélago!—gritaba.—¡Que te



maten, cochina! ¡Mas valiera que te dedicases al zurcido!

Los que estaban con él le hicieron coro.



El escándalo fué en aumento. El vocerío era espantoso. y González, á cada suerte de las niñas



toreras, gritaba con mayor fuerza demostrando unos pulmones de acero.

De la barrera salió una voz que le decía:

—¡Sinvergüenza! ¡Canalla!

—¡Sube aquí, mal chulo!—contestó González. Quien él creía un chulo subió al tendido.

La escena que se desarrolló entonces no es posible describirla.

D.<sup>a</sup> Pelagia se abrió paso y abofeteó á González. Este la reconoció en las uñas. Detrás de ella subieron también Eloisa, Conchita, Rosalia, María de los Angeles... ¡toda la cuadrilla!

El escándalo fué monumental.

El presidente suspendió la corrida, González fué llevado á la enfermería y D.<sup>a</sup> Pelagia y las niñas toreras conducidas á la cárcel entre la guardia civil.

Algunos días después reconciliábase la familia, y González cortaba solemnemente la coleta de doña Pelagia, enviándola como recuerdo curioso al Museo Taurino.

CHUMOSILLO

## CÓRCEGA

A despecho de su actual condición de departamento francés, Córcega es una isla italiana; de lo más italiano que haya. Solo dista 11 kilómetros de Cerdeña, 80 kilómetros de la costa de Toscana, y la separan del punto más cercano de Francia 170.

Cubierta de montañas casi toda ella, ofrece Córcega, á pesar de su proximidad á Europa, un aspecto salvaje, pintoresco, lleno de inesperadas particularidades, que hacen pensar al punto en la naturaleza primitiva. Costas caprichosamente recortadas en cabos, promontorios, islotes, arrecifes, golfos y puertos; por encima de ellas un verdeante cinturón de colinas, cuyas laderas están plantadas de olivares, limoneros, naranjos, viñedos y laureles; después de estos primeros peldaños, una zona más elevada, ocupada por seculares castaños; ricos pastos, perpetuo asiento de rebañeros que no conocen el aprisco; mas arriba aun, espesos bosques de abetos, encinas, pinos laricios y otros gigantes del reino vegetal ó bien profundos valles, cubiertos de esos inextricables matorrales que con el nombre de *maquis* (del italiano *macchie*, malezas) forman el rasgo característico de la fisonomía de Córcega y dan la clave de su historia y de sus costumbres. Esos valles, en fin, se estrechan, hundiéndose en la



ERBAUUNGA Y CAPRAIA



elevadísima cadena central, y ora se cierran bruscamente, ora terminan en gargantas tan estrechas que apenas se encuentra paso por ellas. Es la montaña abrupta, de rocas desgajadas por la tempestad, de picos amenazadores, cubiertos casi siempre de un espeso manto de nieve.

La cadena central á que nos referíamos es la que atraviesa la isla de S. á N. y parece ser la prolongación de la de Cerdeña, cortada en dos, en el estrecho de Bonifacio, por un cataclismo de la naturaleza. De esta cadena se elevan picos como *Monte Cinto* (2707 metros de altitud), *Monte Rotondo* (2625 metros) y otros gigantes, de cuyas laderas surgen impetuosos ríos, arroyos y torrentes.

La isla, cuya forma se ha comparado con la de una mano, con el índice extendido, es mucho menor que la de Cerdeña, que tiene al Sur, pero aun así no deja de cubrir una superficie de 8747 kilómetros cuadrados, de cuya extensión será fácil formarse idea teniendo presente que todas las Baleares en junto solo miden 5011.

El clima guarda cierta analogía con el de las comarcas montañosas de la zona tórrida; así, lo mismo que Méjico ó Colombia tiene, según la altitud, sus tierras calientes, tierras templadas y tierras frías. La región más poblada de la



BASTIA, VISTA DESDE EL NORTE

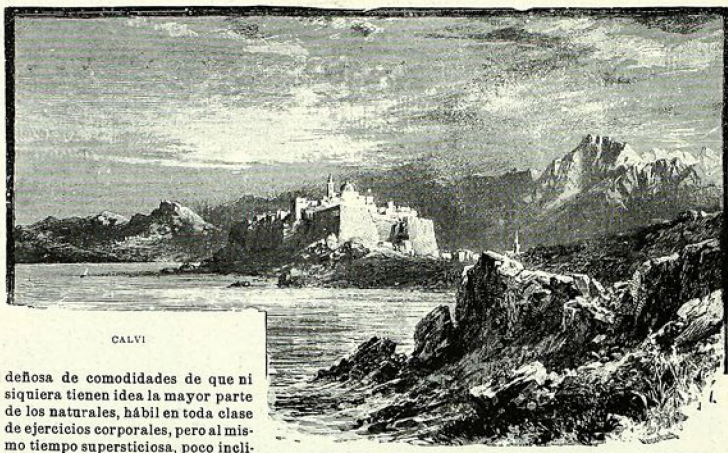
isla es la segunda. En las tierras frías el clima es el propio de los Alpes ó de la Europa septentrional; en cambio en la costa,—verbigracia en Ajaccio,—la temperatura media es de 17° á 18°. De ahí que se vaya convirtiendo en estación de invierno para los ingleses y alemanes, y aun para los parisienses.

Dejando aparte sus riquezas minerales, abundantísimas aunque poco explotadas hasta el presente, la fertilidad del suelo hace que sea propio para todos los cultivos; sin embargo, apenas si hay una quinta parte que pertenezca al dominio agrícola; aun hoy, las tres quintas partes de Córcega están cubiertas por el *maquis*. Además, los corsos repugnan ejercer el oficio de labrador, dejándolo á los inmigrantes luqueses. Con el abundante fruto que rinden los castaños, base de la alimentación, tiene bastante el bravo isleño para fabricar la tradicional *polenta*,—en puridad, puches de harina de castaña,—que con algunos quesos secos basta para que no aspiren á mejor cocina.

Esta repulsión del corso por los trabajos agrícolas se explica: las terribles alteraciones de la Edad Media obligaron á los habitantes á abandonar el litoral para guarecerse en las alturas, huyendo de las regiones cultivadas de la costa, accesibles á todas las invasiones. De ahí la insalubridad de la mayor parte del litoral, convertida en fétidas marismas, y la ruina de la labranza. Atrincheros en los montes, los corsos se dedicaron á la caza y á la vida pastoral, sin bajar al llano más que durante el rigor del invierno.

La nación corsa es el resultado de la fusión de gran número de razas: fenicios, ligures, celtas, romanos, árabes, aragoneses, catalanes, franceses, griegos; es una raza sobria, hospitalaria, valerosa, des-





CALVI

defensa de comodidades de que ni siquiera tienen idea la mayor parte de los naturales, hábil en toda clase de ejercicios corporales, pero al mismo tiempo supersticiosa, poco inclinada al trabajo, jugadora y sobre todo excesivamente vengativa, no habiendo señal alguna que haga presumir vaya desapareciendo aquel odio sanguinario, transmitido por herencia, llamado la *vendetta*. Con todo, hay que distinguir: la parte del SO, ó sea la que mira al Africa, conserva las costumbres más rudas que la que mira á Italia, pero en cambio en esta hay mayor corrupción de costumbres, correlativa al aumento de civilización.

La lengua corsa es un dialecto italiano, muy vivo y riquísimo en imágenes.

Reproducimos, para que se pueda formar mejor idea, algunas vistas de Córcega.

Ajaccio, capital de la isla, es plaza fuerte, y se halla situada en la costa occidental, en el fondo del golfo de su nombre. Nada más noble que el aspecto de la bahía, vasto puerto natural semi-elíptico, pero si magnífico es el sitio del emplazamiento de la ciudad, sobre una lengua de tierra, no es menos espléndido su cielo. Ajaccio es una población de calles anchas, regulares y bien empedradas, en la cual aparecen por doquier recuerdos y monumentos de Napoleón. Así, en la plaza Leticia se halla la casa en que nació el vencedor de Austerlitz... ó *le jobard de Sainte Hélène*, como le llamaba siempre el filósofo positivista Pierre Lafitte; en el jardín *Casone*, que perteneciera á la familia del susodicho, se ve la gruta que era el retiro favorito de Napoleón cuando niño; el museo, con más de 800 cuadros, fué fundado por el cardenal Fesch,—tío del *Ogro de Córcega*,—en la plaza del Mercado se ve una estatua de Bonaparte Primer Cónsul; en la plaza Diamante, un grupo monumental representando al emperador y sus cuatro hermanos; en la catedral, la capilla imperial, con las tumbas de la familia, muy numerosa, pues la pareja Carlos Bonaparte-Leticia Rasmolino tuvo ocho hijos (José, Napoleón, Elisa, Luciano, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo).

Calvi se halla en el extremo norte de la misma costa occidental, á 160 kilómetros de Ajaccio; la parte baja es malsana por reinar en ella el paludismo; es ante todo comercial y se distingue por sus simpatías italianas.

En cuanto á *Capraia* es una isla al E del norte de Córcega, perteneciente al reino de Italia. Solo tiene 22 kilómetros de circunferencia y 800 habitantes, pero es sumamente pintoresca por lo montañosa y escarpada, especialmente por la parte de Erbalunga. (No confundirla con *Capraia*, célebre por la residencia de Garibaldi, ni menos con *Caprea* ó *Capri*).

No terminaremos esta breve noticia sin recordar que Córcega perteneció, nominalmente á lo menos, á la corona de Aragón, por habérsela regalado no se que papa al rey D. Jaime II, juntamente con Cerdeña, como pudiera haberle regalado la insula Trapobana ó el Gran Catay. No llegamos á tomar en serio la donación, pero sí la de Cerdeña, que costó mucha sangre.

ALFREDO OPISSO



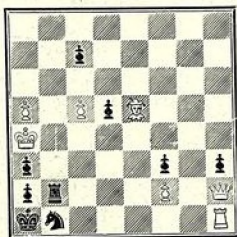
# PEPITORIA

Problema de ajedrez núm. 11

POR NOVEJARQUE

INVERSO

Negras



Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

consideraron como una verdadera panacea del porvenir.

Sabido es que la miel no es más que el néctar de las flores, perfeccionado por las abejas, y puede considerarse como el tránsito de los alimentos animales á los vegetales.

Las principales bases en que se apoyan los nuevos defensores y vulgarizadores de la miel, son que además de mantener el vientre completamente libre, comunica á la sangre mucho carbono; y hasta se asegura que contribuye grandemente á la prolongación de la vida.

Y lo curioso del caso es que hay ejemplos de esto último tan antiguos, que algunos datan de los primeros tiempos pues cuentan que Hipócrates, Demócrito, Cornaso, y otros varones golosos que comieron mucha miel, prolongaron su vida de una manera fabulosa.

Conque ya lo saben los que quieren vivir mucho; miel á todo pasto y... longevidad segura.

## BAGATELAS

I

En los pueblos corrompidos es donde nace el tirano, que no prosperan miasmas donde el ambiente está sano.

II

Ambas cosas puede ser el trabajo á mi entender, fijas en lo que os digo, para el honrado, placer, para el holgazán, castigo.

ANGEL MACÍAS

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 74.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coquerville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un vresidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

De incontestable virtud que ya no hay que discutir es el magno callicida del doctor LADIVONSIM.

## TARJETA

«LIUQUELO»

Emilio Casanovas

de Ledesma

LEON

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de un sainete lírico en un acto y tres cuadros.

ALEJANDRO CASANOVAS

## LA MIEL

La miel se está poniendo de moda y son ya muchos los médicos que la recetan como regularizadora de ciertas funciones orgánicas. Lo cual viene á corroborar las preconizaciones que hace muchísimos años hicieron algunos doctores que la

Famosa es Sebastopol y por causa diferente no menos la efervescente magnesia de San-Imol.

## SUSTRACCION DE LETRAS

Si cavilas un poquito y aciertas una bebida que es de todos conocida y ha cuatro letras no más, yo te prometo y afirmo (caro lector) y no miento, que el tal líquido al momento traducido lo verás.

Pues si de las cuatro letras, por ejemplo, quitas una, quedará sin duda alguna traducido con las tres, que quitándole una letra que es la última, al instante se transforma el muy tunante del español al francés.

Y si ahora por capricho de otra suerte quieres verlo, quita otra y podrás leerlo con las dos que quedarán; pues resulta lector mío que de la lengua francesa esta bebida traviesa se traduce al catalán.

F. ELÍAS SIETEMESINO

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCION

Los pasatiempos del número anterior

Tarjeta.—La Trapería.

Charadístico.—

O R OS BA- CO PI- CO

BA RS- CO PI- O

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

D. B.—Lérida.—El exceso de original, etc. J. M. R. M.—Sevilla.—No se como explicarme mejor. La carta es difusa, prolija; está infestada de detalles que nada importan, y el asunto es muy pobre.

M. P. R.—Alcañete.—Solo serviría el tercer cantar pero á muchos les habría de parecer sobrado hiperbólico.

A. B. R.—Si bien es verdad que las palabras

no hacen cual yo, que cifré mi ventura auman once sílabas, no por eso forman un verso endecasílabo.

A. G.—Lérida.—Los originales á que se refiere, están acordando en compañía de mis chistosos otros la hora de ver la luz.

A. M.—Arévalo.—Nada de dibujos estimado compañero.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



MARRUECOS



CABALLERÍA IRREGULAR: SOLDADO DE LA KÁBILA DE HYAINA